

# NOTAS

## Sobre el Anti-Imperialismo de Rodó

Rodó sigue siendo mal leído, aún por aquellos que pretenden ocuparse de su obra.<sup>1</sup> El centenario de su nacimiento, celebrado en toda América durante el año 1971, ha arrojado una caótica cosecha de elogios y censuras. De lo mucho escrito, poco es rescatable. Lo peor no es esto, ya que al fin y al cabo los centenarios suelen ser ocasiones triviales. Lo peor es que algunos textos persisten en tergiversar su posición política para exaltar la de otros compatriotas de esta América. Así, más de una vez, no se encuentra otro modo de atacar a Rodó que exaltando a Martí, como si este continente no fuera suficientemente ancho para contenerlos a los dos.<sup>2</sup> Creo que esos procedimientos carecen de toda validez crítica. Creo que es posible admirar a Martí y respetar a Rodó. El primero tuvo una experiencia política que le faltó a Rodó. En tanto que el maestro uruguayo no salió del Cono Sur de su América hasta 1916 (cuando hacía más de tres lustros que había publicado *Ariel*) y nunca conoció los Estados Unidos, el mártir cubano había vivido en Nueva

<sup>1</sup> En el curso de este trabajo cito siempre por mi edición de las *Obras completas*, de José Enrique Rodó (Madrid: Aguilar, 1957), 1481 pp. Hay segunda edición ampliada: 1967, 1558 pp. Para una perspectiva breve y panorámica de Rodó, véase mi artículo, "El maestro de la Belle Époque", en *75 años del Uruguay* (Montevideo: Banco de Cobranzas, 1964), pp. 32-35. Hay una versión aún más breve en *Revista de la Universidad de México* (México: vol. XXVI, Nº 2, octubre de 1971), pp. 6-7.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, el extenso trabajo de Roberto Fernández Retamar, "Calibán", en *Casa de las Américas* (La Habana: Año XII, Nº 68, septiembre-octubre 1971), pp. 124-151. Aunque muchas de las interpretaciones de este trabajo son valiosas, y hasta compartibles, en su tratamiento de Rodó (especialmente en las pp. 132-133) se advierte una lectura incompleta del maestro uruguayo y de sus críticos. Fernández Retamar utiliza sólo la primera edición de las *Obras completas*, de Rodó (lo que le impide conocer textos que no aparecen sino en la segunda), pero además no parece haberse tomado el trabajo de leer cuidadosamente esa edición, que ya contiene textos importantes y aclaraciones imprescindibles. Pero hay más. Incluso cuando ha leído, Fernández Retamar suele citar en forma trunca y con intencionadas omisiones. Un cotejo de lo que él me hace decir en las citadas páginas de su ensayo con lo que yo realmente digo en las pp. 192-193 y 198-201 de la primera edición, permitiría advertir hasta qué punto su resumen está lleno de omisiones, tergiversaciones y calumnias.

York y desde allí había dirigido la lucha por la independencia de Cuba que terminaría con su trágica muerte en 1895. Cómo no recordar sus palabras de fuego:

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David.

Rodó, en cambio, inicia su meditación americanista en el seguro de una biblioteca y desarrolla su *Ariel* como una parábola: un viejo maestro se despide de sus alumnos al final del curso y les deja como mensaje un discurso. Palabras, en fin. Todo el resto de la acción americanista de Rodó se va a desarrollar en el campo de la palabra: discursos, ensayos, notas periodísticas, cartas, apuntes y borradores. Es imposible, pues, compararlo a Martí que estuvo en el frente de batalla, primero en Estados Unidos, después en Dos Ríos.

Esto no significa que el mensaje de Rodó carezca hoy de toda vigencia, o que su *Ariel* deba ser olvidado. Por el contrario, reconocer que Rodó no es Martí (ni Martí, Rodó, no se olvide) es reconocer tautológicamente que Rodó es Rodó. Es decir: que hay que leerlo como lo que es y no como lo que no es. Rodó es, ante todo, el maestro de la Belle Époque y su universo ideológico está limitado por el horizonte de esa época crepuscular. Aceptada esta ubicación es posible entonces acercarse a sus textos sin prejuicios para ver qué dicen realmente. Si esta tarea es difícil y hasta ardua en lo que se refiere a su pensamiento filosófico, es más difícil aún en lo que se refiere a su pensamiento político. Porque no basta con situarlo en el contexto de una ideología burguesa y colonialista (como hacen tantos); hay que verlo en el detalle de su evolución, en los matices de su descubrimiento paulatino de las realidades de esta América nuestra. Aquí sólo quisiera examinar los textos que se refieren a su posición ante los Estados Unidos.

La primera observación corresponde a la verdadera naturaleza de *Ariel*. Aunque este discurso "a la juventud de América" no es un discurso político, contiene indicaciones bastante claras del contexto político en que sí se escribió. Sabemos por confidencias de Víctor Pérez Petit (en su biografía de Rodó) que la guerra entre Estados Unidos y España por la posesión de Cuba había conmovido mucho al joven maestro. Hablando en nombre de Rodó y en el suyo propio, dice Pérez Petit:

Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba, último pueblo de América que permanecía sujeto al yugo de España, no obstante

sus viriles luchas por la independencia y la actuación gloriosa de los Martí y los Maceo. Pero deseábamos, al par, que esa libertad fuera conquistada, como había sido conquistada la de toda Sudamérica por los hijos de la nación sojuzgada y, a lo sumo, con el concurso de pueblos hermanos. Un nuevo Bolívar nos hubiera llenado de orgullo. Pero lo que no admitíamos de ningún modo era la intervención de Norteamérica. Ciertamente que propiciaba la independencia de Cuba; pero no le agradecíamos el servicio. ¿Qué tenía que ver esa nación extraña en la conciencia de los pueblos de otra raza? ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era "un asunto de familia"? En esa lucha estábamos por España. Cuba libre, sí; pero no por el favor o el interés de Norteamérica. (...) Y tanto como amábamos a España, nos disgustaba Norteamérica. A Dewett, y a su ponderado Iowa y a su invencible Massachusetts, lo odiábamos cordialmente. De noche, paseando con Rodó, olvidábamos a Cuestas por esta guerra extranjera. Eran, entonces, sentidas e interminables pláticas sobre nuestra bella e idealista raza latina y esa otra adusta y utilitaria raza del Norte.

—Habría que decir todo esto —exclamaba Rodó—; habría que decir todo esto, bien profundamente, con mucha verdad, sin ningún odio, con la frialdad de un Tácito. (196)<sup>3</sup>

El valioso testimonio de Pérez Petit ilumina dos aspectos de la génesis de *Ariel*: (a) el origen emocional del discurso, su raíz en la contienda entre Estados Unidos y España; (b) la decisión de Rodó de no dejarse arrastrar por esa emoción y dar a su discurso el tono de la profundidad, la verdad, la ausencia de odio, "la frialdad de un Tácito". Por eso, en el texto de *Ariel* no hay ninguna referencia explícita a la contienda de 1898 aunque hay, sí, un par de valiosas alusiones. La primera ocurre al hablar de la fascinación que ejerce sobre los pueblos latinos el ejemplo de Norteamérica:

La admiración por su gandeza y su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. (232)

<sup>3</sup> Véase Víctor Pérez Petit, *Rodó. Su vida. Su obra*. (Montevideo: 1918). Hay segunda edición ampliada: 1937. Cito el texto de Pérez Petit por mi edición de *Obras Completas*, de Rodó.

La segunda alusión ocurre páginas más adelante:

Su grandeza titánica se impone así, aún a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. (235)

Ambas alusiones permiten advertir cómo ha trascendido Rodó la circunstancia histórica inicial para plantarse de lleno en el problema esencial: la proclamada decadencia de la raza latina.

Pero no es en *Ariel*, sino en otros textos rodonianos donde es posible encontrar una oposición explícita del maestro uruguayo al poder imperial de Estados Unidos. Algunos de esos textos son muy conocidos, y han sido citados miles de veces. Me refiero, es claro, a aquel fragmento de un artículo sobre la guerra de 1914, publicado en *La Razón*, de Montevideo, en setiembre 3 de dicho año:

Un imperialismo nacional europeo, vencedor del resto de Europa, y por lo tanto sin límite que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector. (204)

La profecía de Rodó se habría de cumplir no en 1914 sino en 1941, como se sabe.

Hay un texto, sin embargo, que es mucho menos conocido y que sólo recientemente se ha incorporado a la colección de sus *Obras*. Es un editorial, sin firma por lo tanto, que publicó el periódico *El Telégrafo*, de Montevideo, en agosto 4, 1915. En esa época, Rodó era redactor de dicho periódico. Pero la circunstancia de que dicho editorial no llevara firma y, además, estuviera escrito en un estilo neutro, en que resulta difícil reconocer los rasgos habituales del de Rodó, ha hecho vacilar bastante a los eruditos rodonianos sobre su paternidad. Sólo recientemente uno de los mejores conocedores de la obra de Rodó, ha declarado en forma terminante que ese texto pertenece al maestro uruguayo:

Aclaro, ante todo, que esa página periodística —sin firma, dada su índole— le pertenece irrecusablemente, no obstante las vacilacio-

nes de calificados críticos: se halla entre los recortes de su cosecha que el autor puso en una caja rotulada por su propia mano y se conserva entre los materiales por mí clasificados y dispuestos cuando organicé el archivo del autor.<sup>4</sup>

Aclarada, pues la paternidad, es inexcusable desde ahora considerar este artículo al discutir la posición anti-imperialista de Rodó. El texto arranca de la indicación hecha por el Gobierno norteamericano a los representantes de las naciones hispanoamericanas, de la conveniencia de "intervenir en la lamentable situación interna de México y procurar una solución". Frente a esa recomendación, y sin dejar de referirse a los complejos "intereses morales y materiales en juego", Rodó sentará la posición del periódico, que es su posición:

En principio, toda intervención extranjera en asuntos internos de un estado soberano, máxime cuando estos asuntos no tienen complicaciones de hecho que hieran directamente las inmunidades o la dignidad de otros Estados, debe excluirse con resuelta energía, haciendo de esa exclusión uno de los fundamentos esenciales de toda política internacional americana. Aceptar transacciones o condescendencias en la aplicación de ese principio significaría un gravísimo precedente, que, más que a nadie, debería alarmar a las naciones de escasa extensión territorial, condenadas —si ese criterio quedase autorizado— a la afrenta de las intervenciones de afuera, siempre que la apreciación, justa o injusta, de sus vecinos poderosos creyera llegada la oportunidad de inmiscuirse en sus querellas internas. (1078-1079)

A partir de esa declaración de principios, Rodó examina con algún detalle la política intervencionista de Estados Unidos:

La política internacional de los Estados Unidos del Norte tiene antecedentes conocidos, en cuanto a su ingerencia en las cuestiones domésticas de los pueblos de este Continente. El propósito de intervención que ahora se insinúa resultaría en cualquier caso lógico y consecuente con esa orientación histórica de la política

---

<sup>4</sup> Véase Jorge Ruffinelli, "Entrevista con Roberto Ibáñez (II) En el Centenario de Rodó", en *Marcha* (Año XXXIII, Nº 1553, julio 23, 1971), p. 29.

norteamericana, pero para los demás pueblos del Nuevo Mundo —consultados con cortés oficiosidad— se presenta la ocasión de resolver si les toca cooperar, directa o indirectamente, al desenvolvimiento de una norma internacional que tienda a establecer, en América, algo como una tutela protectora y filantrópica de los fuertes y ordenados sobre los débiles y revoltosos.

Que, valida de la superioridad de su fuerza, la poderosa nación del Norte haya efectuado sus intervenciones desenmascaradas, como en Cuba y Panamá, y ejerza una intervención constante y encubierta en los negocios públicos de otros Estados hispanoamericanos, es cosa que no constituye gran baldón para las demás repúblicas del Continente si se considera que no les es exigible con justicia una acción internacional proporcionada a los medios y recursos de su enorme vecino. Pero que todo eso vaya a continuar y completarse con el conocimiento expreso y la colaboración complaciente de los propios pueblos de la América Latina, es una aberración que jamás podrá disculparse y contra la cual deben prevenirse seriamente los gobiernos consultados para dar forma al propósito interventor de que se habla. (1079)

El artículo concluye advirtiendo a los Gobiernos hispanoamericanos que debe impedirse que "se traspase en lo más mínimo la línea que separa estas intervenciones amistosas de aquellas imposiciones depri-mientes". El contexto del artículo, escrito cuando México volvería a ser una vez más atacado por Estados Unidos, hace suficientemente explícita la intención anti-intervencionista (es decir: anti-imperialista) de Rodó.

Lamentablemente, insisto, este texto de Rodó es muy poco conocido. La primera vez que fue públicamente identificado como suyo fue en 1962, y por eso no lo pude incluir en la primera edición de sus *Obras Completas* (1957). Posteriormente, distinguidos estudiosos de la obra de Rodó, como Eugenio Petit Muñoz (en 1967), o Arturo Ardao (en 1970), o Mario Benedetti (en 1966), se han referido a este texto y han destacado su valor. Yo mismo, en la segunda edición de las *Obras* (1967) llegué a incluirlo aunque sin estar seguro de que fuera realmente suyo.<sup>5</sup> Sólo el año pasado, las declaraciones de Roberto Ibáñez

---

<sup>5</sup> Véase la segunda edición de las *Obras completas*, p. 1078, n. 1., donde se resume el estado de la cuestión en 1967 y se discute la paternidad del artículo. Posteriormente a esta edición se publicó una antología de textos de Rodó, organizada y prologada por Arturo Ardao: *Rodó. Su americanismo* (Montevideo: *Marcha*, 1970), 253 pp. Allí (pp. 34-35) se discute también la paternidad del artículo y se resumen las conclusiones a que había llegado yo en la edición de *Obras completas*.

han permitido una identificación completa de la paternidad. Es de esperar que ahora aquéllos que se acerquen a la obra de Rodó no dejen de utilizarlo. Con ese texto prácticamente se cierra, diecisiete años después del diálogo con Pérez Petit sobre la derrota de 1898, la parábola de la meditación política americana de Rodó.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

*Yale University.*

